

LECTURAS



Un epistolario de Vicente Aleixandre*

Vicente Aleixandre era dueño de una cortesía y de una sensibilidad tales que le imposibilitaban para tomar a la ligera la menor relación humana. Cada carta que recibía, le parecía —si no una llamada— un don de parte de quien la había escrito, y se sentía con la obligación moral de responderla. Así, su correspondencia fue extensa y fecunda. Para quienes le han leído —y le leen— forma parte, en gran medida, de su obra total y su publicación es, pues, legítima y necesaria.

La selección de cartas dirigidas a su fiel amigo José Luis Cano es ya una muestra importante de ese abundante epistolario aleixandrino que, poco a poco, irá saliendo a luz para información del gran público. Estas cartas serán para muchos una revelación ya que contienen páginas de interés verdaderamente capital e «iluminan» la obra desde el hombre que la hizo: el poeta habla a su amigo —y ahora a nosotros— del estado de su cuerpo y de su alma, del desarrollo de su trabajo poético —a compás de aquéllos—, de su mundo íntimo —sentimental y amoroso—, de su visión cósmica, de su relación con poetas y literatos, de algunas opiniones suyas sobre la política, el entorno social y la condición humana. Su espíritu —sensible y racional— se vuelca hacia el mundo —si no se confiesa íntimamente— y desliza consideraciones de todo tipo en torno a su época —sin faltar matizada crítica literaria— con una nitidez expresiva clarividente. Hay cartas —opinamos— de enorme valor poético y otras que testimonian el incesantemente renovado interés por todo de Vicente Aleixandre. Es notable su excepcional receptividad y permeabilidad. En casi todas sus cartas, además, se percibe una emanación poética pero enraizada siempre en lo humano. En este epistolario no entrevemos sino que «vemos» frente a frente al poeta —lector, viajero, hombre sufriente— que siempre desvela sus preocupaciones físicas y espirituales desde agosto de 1939 a julio de 1976. En este período Vicente Aleixandre crea obras capitales suyas y, mientras las compone con cuidado sumo, le asedian la enfermedad, la opresión política, la marea literaria que de algún modo llega hasta él. Libros, paisajes, gentes conocidas o adivinadas intuitivamente, etc., dejaban huellas en su imaginación y sensibilidad de gran poeta. Su cuerpo enfermo le produce el mayor de los sufrimientos: no es capaz de crear poesía en estos períodos de «sequedad». Sus dolencias succionan y agotan su fuerza creadora, y nada le estimula: «Como sabes, yo necesito sentirme bien para escribir poesía» (LXIX, 21-VII-1959). Esta es, para él, una obra de salud, de fervor: paisaje, estados de alma, sueño y realidad, le animan entonces a expresarse, a seguir concibiendo poemas.

* *Vicente Aleixandre, Epistolario. Selección, prólogo y notas de José Luis Cano. Alianza Tres. Madrid, 1986; 257 págs.*